

## V

La una y media sería cuando se apeaba la condesa delante de la verja de casa de Lydia. La puertecilla se hallaba entreabierta y el pabellón de entrada vacío. El jardinero no trabajaba, como ordinariamente, en el jardín. Las ventanas del primer piso de la habitación estaban abiertas, mientras que en las del entresuelo las persianas permanecían corridas. Por todas partes reinaba gran desorden. Advertíase allí algo que denunciaba un gran pesar, una grave desgracia.

La señora de Fontenay penetró en el jardín después de haberlo observado todo atentamente en rededor suyo, y comenzó á andar por un paseo que conducía á las dependencias, con el propósito de buscar la entrada de la casa por sitio en que la consigna fuese menos severa. Mina andaba con paso ligerísimo, evitando en lo posible que rechinara la arena bajo sus pies; muy conmovida, pero animada de una inquebrantable resolución, Mina estaba resuelta á ver á Lydia, quería sorprenderla en medio de su dolor, y en una sola batalla, hábilmente librada, decidir de lo futuro.

La casualidad sirvió perfectamente á la condesa; pasaba ésta por delante de un cenador

rústico en que se hallaba Lydia entregada á su dolor, cuando Michigán, una hermosa perra gris, que, echada sobre una alfombra, vigilaba la puerta del kiosko, principió á gruñir; la puerta del kiosko se abrió, y en el umbral apareció Lydia, pálida y vestida de luto. Frunciéronse sus cejas cuando se vió enfrente de una persona desconocida. La perra continuaba gruñendo; Lydia la acarició la cabeza para hacerla callar, y mirando á la señora de Fontenay con atención, advirtió la nobleza de su rostro, la distinción de su aspecto, la elegancia de su traje. Comprendió en seguida que no se trataba ni de una proveedora, ni de una persona vulgarmente importuna. Intentó, sin embargo, desembarazarse de ella, y señalándole otro paseo que conducía á la casa, le dijo:

—Si tiene usted que hablar con alguien, haga usted el obsequio de ir por allá...

—Si es usted la señorita de Audrimont—dijo la condesa con voz franca y segura—es á usted y á nadie más á quien deseo hablar en este instante.

—Señora—dijo Lydia con voz suplicante y mostrando su vestido de luto—llega usted en momentos muy dolorosos.

—Lo sé ya, señorita; precisamente por eso vengo. Me envía alguien que se toma por usted gran interés.

A estas palabras, único ardid de guerra que la

noble mujer osó permitirse, reanimóse el semblante de Lydia, desapareció su palidez, brillaron sus ojos, y mirando á la desconocida con respetuosa benevolencia, dijo:

—¿Viene usted de parte de Fontenay?

—Sí, de parte del conde—respondió Mina con el corazón lleno de amargura.

—Entre usted—dijo Lydia separándose de la puerta para dejar paso á su visita, y perdone que la reciba aquí; pero huyo de la casa... Me parece que está ocupada toda por la muerte.

—Acaba usted de experimentar un gran disgusto; ya sé que la excelente mujer que ayer dejó la vida hacia para usted las veces de madre, y ahora, de pronto, se ve usted completamente sola, entregada á sí misma, en esta gran ciudad, donde no conoce usted mucha gente.

—A nadie.

—¡Y es usted tan joven! ¿Qué edad tiene usted?

—Veintidós años, señora.

¡¡Veintidos años! Al oír esta sencilla respuesta se estremeció Mina y lloró... ¡Ella podría tener una hija de esa edad!

—¡Oh! Señora, ¿está usted llorando?—preguntó Lydia.

—Sí, un recuerdo...

—¿Ha padecido usted también...?

—Sí, muy cruelmente.

—¿Y padece usted todavía?

—Hay heridas que jamás se curan; pero no hablemos de mí ahora, sino de usted... usted... ¡sola en el mundo!

—Sí, señora; completamente sola. Y no habría sabido á quién dirigirme en mi angustia si no hubiese tenido á mi lado, para socorrerme, darme valor y sostenerme, á un amigo verdaderamente adicto.

—¿El señor de Fontenay?

—Sí. No puede usted imaginarse lo que ha sido para mí durante estos tres días mortales. ¡Ah! Sólo á él he debido no caer en el más profundo desaliento... El conde ha hallado palabras para adormecer mi pena y calmarla. Hasta ahora sólo me había manifestado cierta benevolencia; pero ahora estoy convencida de que es verdadero afecto.

Lydia hablaba con emoción interna que ahogaba un poco su voz; pero la expresión de su fisonomía expresaba sencillamente su dicha.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted al conde?—preguntó Mina con indecible angustia.

—Poco más ó menos, seis meses. Llegaba yo de América, y aun no estaba instalada aquí cuando le vi por primera vez... Desde entonces no ha dejado de visitarme. Primero de tarde en tarde, porque no estaba en París; después más á menudo.

—¿Y él la ama á usted? ¿La ama verdaderamente?

Los ojos azules de la joven no se turbaron; conservaron su cándida expresión, cuando con acento virginal respondió Lydia:

—No puedo dudarle; ¿cómo después de las pruebas de cariño que me ha dado?

—¡Oh! Pero entendámonos bien—dijo Mina con bastante rudeza temiendo ser víctima de un fingimiento:—la ama á usted como se ama á la mujer á quien está uno dispuesto á sacrificarlo todo, á quien se lo daría uno todo...

Al escuchar estas palabras, Lydia cambió de actitud; la niña se convirtió en mujer.

—Señora—dijo—temo no haber comprendido bien. Me pregunta usted si el conde de Fontenay estaría dispuesto á realizar, en mi obsequio, cualquier sacrificio y á dármele todo... No lo sé aún, y hay motivo para creer que no lo sabré nunca, porque no entra en mis miras permitirle que me dé nada ni que se sacrifique por mí. Hasta aquí me ha mostrado el afecto cordial y atento de un pariente á una parienta que ha menester consejos y protección. Yo le pago con sincero agradecimiento. Estas son las relaciones únicas que hay entre nosotros... Fuera de esto, cuanto usted haya podido suponer es inexacto.

La palabra *parienta* dejó á Mina estupefacta. ¿Qué parentesco era aquel? ¿Cómo lo ignoraba ella? ¿Por qué su marido nada le había hablado de él? Aquello, lejos de atenuar la falta de Armando, la agravaba.

—¿Son ustedes parientes?

—Sí; primos hermanos. Mi madre y la madre de Armando eran hermanas. ¿Es bastante esto, señora? ¿Es suficiente que yo lo diga, ó necesita usted las fes de bautismo y demás documentos que identifican las personas? Y ahora que he dicho á usted quién soy, ¿puedo saber quién es usted?

—Yo soy la condesa de Fontenay.

—¿Su mujer?

—Su mujer.

Lydia palideció ligeramente; pero su fisonomía no manifestó ningún asombro. Bastó un solo segundo para que lo comprendiese todo; adivinó los sufrimientos de la condesa y tuvo para ella simpatías y compasión. Le tendió, pues, la mano con todo cariño y le dijo:

—Señora, si hubiera usted dicho su nombre al pisar este umbral, habríase evitado algo inconveniente que haya podido yo decirle. Pero acaso presentándose usted con su verdadero nombre no se hubiese considerado bien informada; sólo por esto no siento que haya guardado el incógnito hasta ahora; lo que ahora me importa es que al separarnos no me conserve ningún rencor.

—Hace ya seis meses que debíamos conocernos... Si usted no se hubiese mostrado tan... salvaje... habríame evitado muy serios cuidados... Comprenda usted que una mujer puede conce-

bir algunas inquietudes viendo á su marido interesarse por una joven tan linda como usted y tenerla tan cuidadosamente oculta.

—No culpe usted á su marido por no haberme presentado á usted. Desde nuestra primera entrevista me propuso hacerme reconocer por todos mis parientes... y lo rehusé. No puedo olvidar que todos, excepto la madre de Armando, se pusieron en contra de mi pobre madre, humillaron cuanto pudieron á mi padre, que nos lanzaron, por decirlo así, de la familia... considerándose como manchados con mancha de indignidad... he ofrecido no tratar nunca á los que me rechazaron.

—¿Y perseverará usted en esa resolución?

—Seguramente.

—¿Seguirá usted viviendo retirada como antes?

—Estoy de luto, y mi soledad será para mí consoladora.

—Menos consoladora, quiero creerlo, que la amistad que á usted manifestamos el conde y yo.

—Uno y otro saben ustedes ya el camino de mi casa; siempre tendré mucho gusto en ver á ustedes en ella; pero... soy una salvaje; déjeme usted en mi salvajismo.

—Usted hará, querida niña, lo que su razón le aconseje; pero no olvide usted que mi casa es la de usted.

Dicho esto se levantó para despedirse. Lydia la acompañó hasta la verja del jardín, y allí, estrechándose afectuosamente las manos, se despidieron de nuevo.

—Hasta la vista, prima.

—Señora, hasta la vista.

Al despedirse Mina iba segura, completamente segura, de la inocencia de Lydia; pero no lo estaba tanto, ni mucho menos, de las intenciones de su marido.

De su marido, á quien encontró en casa, y pensando precisamente en Lydia Audrimont.

Cuando Armando vió entrar en su cuarto á la condesa se ruborizó imperceptiblemente. Nunca ha sido sorprendido hombre alguno en flagrante delito de adulterio tan completamente como lo fué Armando en aquella ocasión. En el fondo de su alma celebraba él una conferencia con Lydia cuando Mina penetró en su cuarto.

—¿Qué haces, Armando? ¿Estás dormido?— preguntó la condesa con alguna inquietud.— ¿Estás malo?

—No, muchas gracias. He vuelto más temprano que otros días y me entretengo en casa. ¿Pero y tú... ocurre algo? ¡Me parece algo turbada! ¡No tienes la cara de otros días!

—Estoy turbada, efectivamente, pero hace ya tiempo que existe esa turbación. Si fijases más atentamente tus miradas en mí lo habrías advertido antes.

—¿Te quejas de mí?

—Sé sincero, y dime si no tengo razón para quejarme.

—Estás alarmándome de veras. ¿De qué se trata?

—¿Por qué en seis meses no me has hablado de la señorita de Audrimont?

—¡Ah! ¿Se trata de Lydia?

—Sí; ¿por qué esa misteriosa intimidad entre Lydia y tú?

—No tan misteriosa —dijo sonriendo Armando— puesto que estás enterada de ella.

— Por efecto de una casualidad.

Y Mina, que necesitaba desahogarse, lo refirió todo: el hallazgo casual del telegrama, su tormento de aquella noche, sus dudas del día siguiente su visita á Lydia..., todo menos la intervención del espía, que Mina juzgó de efecto deplorable en el ánimo del conde, y su propósito de tratar á la joven, en quien había sospechado hallar una rival, como amiga, como parienta, para lo cual contaba Mina con el eficaz auxilio de Armando.

No aceptó éste de muy buena voluntad aquella comisión, ni veía con buenos ojos ese nuevo aspecto de sus relaciones inocentes y puras con Lydia; pero comprendió que negándose á complacerla podrían aumentarse las sospechas de su esposa, y le prometió hacer lo que pudiera.

—¿Desde mañana?—preguntó Mina.

—Desde mañana, ya que así lo deseas. Pero cuenta que yo solamente respondo de mi obediencia; mas no puedo responder del consentimiento de la señorita de Audrimont.

—Bien—dijo la condesa—confío en tu diplomacia; tú sabrás hallar los argumentos que sean necesarios para decidirla.

Armando fingió no comprender la ironía de estas últimas palabras; se inclinó sin responder, y cuando Mina se dirigía hacia la puerta la siguió. Llegada al saloncillo que separaba las habitaciones de ambos cónyuges, la condesa se detuvo un instante. De pie, en el hueco de la puerta, vuelta hacia su marido, se le apareció tan noble, tan simpática, que Armando no pudo menos de sentirse avergonzado de ocasionar tormentos á tal mujer, de la que tantas pruebas de cariño había recibido. Un ardiente recuerdo del pasado subió á su corazón, y un enternecimiento repentino le aproximó á la mujer por quien era exclusivamente amado. Cogióle la mano, la atrajo hacia sí sin que ella hiciera resistencia, y tomándola en sus brazos, la besó en los ojos, en los labios, y con voz temblorosa dijo:

—Mina, te he causado pena, perdóname.

Un rayo de alegría iluminó el semblante de la condesa y le hizo resplandecer con una belleza adorable. Esta vez reconocía Mina el acento de la verdad. ¡Cuán delicioso era para ella el oírlo!

Cogió á Armando por los hombros, le abrazó apasionadamente, y lanzándole una mirada en que puso su alma entera, dijo:

—¡Ah, qué bueno eres, y cuán de veras te lo agradezco!... Has visto que sufría y has querido consolarme... Ahora están compensadas mis penas con creces... Haz de mi corazón todo lo que quieras... ¡Es, tan de verdad, tuyo!

—Quiero que tu corazón sea dichoso—contestó Armando—y haré todo lo que haya que hacer para conseguirlo.

Besó tiernamente á su mujer, y en aquel instante era sincero.

Mina hizo un gesto de alegría, puso el índice sobre sus labios como imponiendo silencio, y bajo esta impresión deliciosa se volvió á sus habitaciones.

## VI

Al día siguiente Armando se dirigió á Neuilly dejando á Mina en conversación con Villenoisy, que había almorzado con ellos.

Después de los servicios prestados casi oculta-mente á la condesa, el diplomático marqués no había vuelto á oír hablar de ella. Curioso de conocer la continuación de aquella novela, que para él se había interrumpido en el capítulo más

interesante, según la conocida fórmula de los folletinistas hábiles, venía á buscar la continuación, que se le hacía esperar demasiado. A primera vista, nada denotaba la perturbación grave que las maniobras de la señora de Fontenay presagiaban para la paz del hogar. Un extraño no habría sospechado que habían sobrevenido complicaciones serias entre marido y mujer. Sin embargo, para el marqués, pormenores ínfimamente pequeños, motivos casi imperceptibles, anunciaban un poco de tirantez.

El señor de Villenoisy, en su larga carrera diplomática, había observado que nunca se saben las cosas sino cuando se aparenta no querer saberlas. Esperó, pues, con toda paciencia á que uno de los interesados experimentase la necesidad de confiarle algo. Las mismas probabilidades había para que fuese el conde que para que fuese la condesa; uno y otro le estimaban y tenían en él completa confianza. Profesando el principio de que quien no oye más que una campana no oye más que un són, habríase alegrado el marqués de oír á Armando; pero éste, terminado el almuerzo y una vez instalados en el salón, pretextó algunos quehaceres, se despidió cortésmente y salió.

Cuando desapareció el conde la condesa varió de actitud, y acercándose á su antiguo amigo le dijo:

—Me he conducido mal con usted. Usted se